

de sus argumentos. Lola perdió algo la calma al oír á su madre y se desconcertó un poco, pero se repuso enseguida y replicó con fiereza y vivamente:

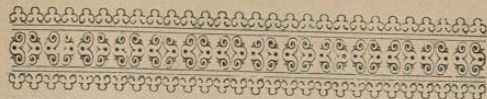
—¡No, mamá, no; no es un pretexto!... ¡Ese tío no es una invención; vive y existe realmente!...

—¡Pues aunque eso sea!...—añadió doña Felipa, como dejándose convencer por el acento sincero de Lola.—¡El tío se hubiera tenido que contentar con quedarse solo si el sobrino se hubiera empeñado en venirse á estudiar á Madrid!...

La observación no estaba destituida de solidez, pero Lola no la pasó, y repuso con prontitud:

—Eso sería muy bueno si se pudiera disponer de sí y no tuviera un padre á quien obedecer.

Tocóle el turno de callarse á doña Felipa, y así acabó la conversación, sin que el ácido corrosivo que la madre quería verter en el ánimo de su hija, hiciera la menor mella en su cerebro.



## CAPÍTULO XIX



todo esto los alcotanes que habitan en las alturas del Palacio Real entre las volutas de piedra de la fachada ó detrás de los balaustres berroqueños del emplomado, atisbaron cierta amanecida al salir á tomar el primer rayo de sol á los rafes, una mancha negra que obscurecía el horizonte, como enorme cinta pardusca flotando en el espacio. Los alcotanes suspendieron su despiojeo, y fijándose en aquello oscuro observaron que volaba; entonces, saltando de gozo en los capiteles y en las barandas se graznaron para su molle-



ja:— ¡Toma, pues si son los primos, los grajos, que vuelven en busca de los olivares de Extremadura!

Había llegado el mes de Enero; la sierra no se quitaba su gorro de dormir de punto de nieve, y el acusón del viento del Norte, que todo el invierno se lo llevaba soplando á escondidas, con un hálito sutil y silencioso, cuanto acontecía entre los riscos, las intriguillas de las águilas y los secretos de los pinares, veníase ya hacía el Viaducto con el trotecillo igual y el aliento de alfileres, de la temperatura mínima de la infancia del año.

Por entonces Madrid amanecía siempre como empaquetado en una bala inmensa de algodón, que se ceñía á los edificios y llenaba los huecos de las calles envolviendo la ciudad en un enorme estuche de niebla. En las primeras horas de la mañana el vapor acuoso era tan espeso que parecía que flotaba en la atmósfera una llovediza de fragmentos de granos de arroz cocido; después el sol cobraba fuerzas, horadaba el tupido velo blancuzco abriendo la cerrazón á un lado y á

otro á la manera de las hojas de un libro; la niebla se fundía dejando los tiestos, los bigotes, los árboles de los jardines, el paño de las ropas, el charol del techo de los coches escarchado de un tropel de puntas de aguja que fulguraba, al ser heridas por la luz, como una lluvia de chispas y las casas surgían de la penumbra grises, oscuras, tétricas y chorreando agua. Luego, á la tarde, solía despejarse algo el cielo, asomaban tímidamente por entre los desgarros de la niebla los tibios y débiles haces del sol, que no conseguían endurecer el piso ni secar la tierra, y en anocheciendo tornaban á levantarse las ondeantes gasas tan profundas, que ahogaban y hacían palidecer las ruedas de reflejos del alumbrado, y tan frías y tan cargadas de humedad que se metían hasta en los huesos, fustigando á las articulaciones con la presión de cuña de los dolores reumáticos y ahogando la tráquea con las asfixias del asma crónica.

Don Manuel era un español de muy buena raza para prescindir de su ter-



tulia nocturna en el café con sus compañeros de oficina, porque á las nubes se les antojase volcar la regadera ó al déspota del Guadarrama se le pusiese en las crestas barrer con sus rachas las calles. Así, que lloviera ó que soprase el zarzagana, no perdía él su ratito de charla en aquel rinconcejo de El Siglo, tan abrigado y tan cuco, donde se iban las horas sin sentir. Bien es cierto que con semejante atmósfera, rayana en la temperatura del horno, era muy expuesta la salida; pero envueltecito en la capa y chupando el cigarrillo al asomar afuera para que el aire llegara entibiado por el humo á los pulmones, reía-se él de las pleuresías y de las heladas. Todo se reducía á un poco de frío... su casa estaba cerca, pero en cambio se llevaba á dormir un costal repleto de noticias.

—¡Digo!... Como que en la mesa se reunían el portero mayor del Ministerio, que andaba siempre alrededor del "Jefe" y lo oía todo; el auxiliar primero del personal, por cuya mano pasaba cuanto había que pasar en el mundo burocrático... de aquella depen-

dencia; el encargado del Registro, que forzosamente debía de saber mucho, puesto que él daba salida á las cosas, y el escribiente mayor, que inspeccionaba antes de repartirlas entre su gente, cuantas órdenes entraban para ponerse en limpio. De apéndice formaban parte de la tertulia dos ó tres auxiliares de la Secretaría particular del Ministro, que también aportaban su caudal de noticias, y que pertenecían á la mesa del café por amistades con el del personal, aunque el resto de la reunión, funcionarios viejos, miraban con desdén á aquellos señoritos, á los que tildaban de empleados de pega, incapaces de otra cosa que de extender "besa la mano" y escribir cartas, y sin saber lo que es un traslado ó una minuta; en consecuencia, con tal opinión, jamás llamaban los antiguos á los de Secretaría compañeros, y escurriéndose por la edad, decíanles para nombrarles sin ofenderles:

—¿Y usted que opina, pollo?... ¡Oiga usted, pollo!... ¡Adiós, pollo!...

En aquella mesa se hablaba de política; ¡es claro!... ¡Dónde no se habla de



política en España en habiendo dos personas juntas, y por añadidura si cobran del Estado!... Pero el asunto preferente de conversación en aquel rinconcito era su dependencia, el Ministerio en que servían, "la casa", como ellos le llamaban por antonomasia. Allí se hablaba de todo y se llevaba á la barra cuanto tuviese que ver algo, cosa ó persona, con su oficina. Cada quisque tenía su plan, no rentístico, que no llegaban á tanto sus meollo, aunque capaces eran de enmendarle la plana á Pitt; los de la Secretaría particular, por lo menos, como jóvenes, veían con profundo desdén el sistema seguido en España en las tributaciones, propio "del año 30", según ellos decían, para menospreciarle, asegurando muy orondos que la Hacienda española necesitaba modernizarse, entrar por la senda de los Estados Unidos (al que de seguro no sabían fijamente si estaba en América Sur ó Norte); cada quisque tenía su plan, decía, para organizar de otro modo los servicios, pero la porra era que el plan de unos pugnaba con el plan de otros, y

así se armaban aquellas discusiones, con honores de disputas, en la mesa de los "cuartos", como denominaban los camareros á la de los empleados, por pertenecer éstos al ramo de Hacienda. A la cuenta, el auxiliar primero del personal, pretendía que el Registro y los escribientes estuvieran afectos al personal, centralizados, mientras el Jefe de los escribientes era partidario de que cada sección tuviera "sus plumas" (textual) y "sus registradores" independientes entre sí, y el del Registro opinaba que su negociado debía estar sólo á las órdenes del Subsecretario y servir de distributor de expedientes en las oficinas de la casa; los de la Secretaría iban con el Jefe de los escribientes, porque aquello de descentralizar era modernista, muy modernista... y porque en apuros de muchas cartas, les prestaba el Jefe susodicho dos escribientes que "tirasen bien y largo"; únicamente el portero mayor permanecía impertérrito entre tal oleaje de organizaciones y desorganizaciones, porque á él no le iban ni le venían, ni le quitaban de ser la tercera perso-



na de la trinidad ministerial, el Ministro, la poltrona y el portero mayor...

Con tan fascinadores atractivos, ni el sermoneo de su hermana para que no saliese de noche, al menos mientras durasen aquellas nieblas tan frías, ni la convicción que él abrigaba, de lo mal que caía el relente á su salud, eran capaces de retenerle en casa después de comer, y en cuanto barboteaba el gas de los faroles, parecía que le pinchaban entre las uñas, de impaciencia, por largarse al café. En las mismas horas de oficina, los contertulios de El Siglo visitábanse mutuamente en los despachos respectivos, y siempre había una pompa de jabón en el aire, alguna noticiota de á libra que devorar y que motivaba el que si no podían, por la premura de los expedientes, acercarse á las habitaciones de cada cual á recomendar la asistencia, se enviaban un volantito con la frase sacramental de ¡que no falte usted esta noche!...

Al cabo sucedió lo que no podía menos de ocurrir. La naturaleza quebrantada de don Manuel, combatida

por su asma añeja y terrible, que le tenía siempre en una pura tos, se sintió de aquel trasiego nocturno, y una noche, al regresar á su domicilio, díjole á doña Felipa, con el acento entrecortado por un temblequeo terrible:

—¡Vengo malo!... ¡Tengo un frío muy grande y me duele el costado de una manera atróz!... ¡Haz que me calienten agua para ponerme una botella á los pies!...

Don Manuel venía, en efecto, desencajado y lívido, contrastando la palidez de su semblante con las rosas de fuego que la fiebre le estampaba en las mejillas; respiraba con dificultad, con un movimiento vivo y anhelante, y en su rostro se pintaba una gran revolución interna.

El pobre señor no se libró, á pesar de su situación, de las primeras voces de su hermana. ¡Si lo decía ella!... ¡Si tenía que suceder!... ¡Si no podía menos!... ¡Si él no estaba para tales trotes ni para andar saliendo á tomar frío, sino para quedarse al brasero, leyendo *La Correspondencia!*... Pero no había



hecho caso; los amigotes y la política eran antes... ¡maldita política!... ¡y ahora pagaba su testarudez!... Por fortuna, doña Felipa monologuizaba á la vez que le preparaba todo á su hermano, ayudada de Lola, y entre las dos llevaron á don Manuel á la cama, le acostaron, echáronle encima mucha ropa para que se reaccionase, pusieronle á los pies un tarro de Ginebra lleno de agua hirviendo, y buscando el sudor propináronle al paciente luego una buena tisana. Aquella noche era casualmente de jueves, y Demetrio hacía la tertulia á doña Felipa y á Lola; la coincidencia fué muy feliz; don Manuel se sentía cada vez peor, y hubo menester llamar al médico, cosa á que se prestó espontáneamente el comerciante, deseoso de sumar méritos á los ojos de Lola. El doctor era amigo de don Manuel; vivía á la vuelta, y Demetrio tuvo la suerte de encontrarle en casa, á punto de recogerse, por lo que á poco se le pudieron dar al enfermo los auxilios de la ciencia; el diagnóstico del médico fué espantoso; los síntomas que don Manuel

presentaba no ofrecían duda á ojos expertos y aun á profanos; el pobre viejo se quejaba sobre todo de un dolor pungitivo y agudo, como si al respirar le metiesen y sacasen un puñal en un lado; don Manuel tenía una pleuresía.

La noche se presentaba de prueba; el estado de don Manuel era grave y no tardó en perder la cabeza y en comenzar á desvariar acometido de gran delirio. Demetrio comprendió el apuro de las dos mujeres, sin nadie que les ayudara ni nadie que saliera á la calle si se hacía preciso, y espontáneamente por noble impulso de su corazón, sin cuidarse en aquel momento de si su rasgo le favorecía ó no en sus pretensiones respecto á Lola, le dijo á doña Felipa un poco confuso por si se le antojaría mucha libertad:

—¡Señora, yo veo á don Manuel muy malo, por desgracia!... ¡Ustedes están solas!... ¡Pueden necesitar ayuda de repente... salir á la calle... ¡Si no creen que me extralimito y me lo permiten, me quedaré á acompañarles!...



Doña Felipa vió el cielo abierto y en medio de su aflicción sintió que se le exparcía por toda el alma un alivio infinito. Desde que la pobre señora se penetró del estado de su hermano, no pensaba en otra cosa que en lo que restaba de noche, en que se iban á encontrar ellas, dos mujeres, á solas con un enfermo de tanto cuidado y enteramente indefensas; ni se trataban con la vecindad, salvo las del segundo, y para eso de cumplido, ni aquellas eran horas de llamar en ninguna puerta. El ofrecimiento del comerciante vino á sacar de su apuro á las dos mujeres y cada una, según su carácter y su posición cerca del tendero le manifestó, su gratitud á su manera. Doña Felipa, á seguir sus impulsos, se hubiera arrojado al cuello del comerciante y no pudiendo darle las gracias de modo tan expresivo, se limitó á decirle que no se molestara por ellas, y fácilmente y después de estos cumplidos, que en su estrecho criterio creía la buena mujer imprescindibles, cedió manifestando su reconocimiento en un aluvión de finustiquerías y requilorios. Lola fué

más lacónica; apreciando lo noble de la oferta del tendero, no se la rechazó ni aún por fórmula y le dijo con sencilla dignidad pero con el corazón:

—¡Crea usted que no olvidaré nunca este proceder!...

Demetrio se encontró sin saber cómo de patitas en la gloria al oír el cumplimiento de Lola; como era natural, enseguida se necesitaron los servicios del pobre hortera para ir á la botica y el tal agarró la receta y reventando de júbilo por dentro, aunque por fuera amoldara el rostro á la ocasión, se encaminó á la farmacia, y al fin del mundo se hubiera marchado por oírle de nuevo á la muchacha otra frase por el estilo.

La enfermedad habíale cogido con saña de fiera á don Manuel. Cuando el médico hizo su visita á la siguiente mañana, se asustó de lo alto de la fiebre; el pobre señor tenía una calentura "como la de un caballo", según frase de doña Felipa, y lo que era peor, se le presentaban grandes accesos de tos, seguidos de esputos viscosos, lo que hacía temer en la complicación de la dolencia con pulmonía y con pulmonía



de las que vienen espada en alto, sin detenerse en rodeos ni en períodos prodrómicos; el galeno declaró en vista de tales síntomas gravísimo el estado del pobre don Manuel.

En cuanto "la mesa" de El Siglo se enteró de lo que acontecía, se ofreció como un solo hombre á doña Felipa y se brindó á velar al enfermo por las noches, pero la buena señora, agradeciéndola en el alma, rechazó la oferta por innecesaria, pues Demetrio había declarado, que mientras tuviera fuerzas no se separaría de la cama del enfermo, con lo que doña Felipa no sabía en qué altar poner al honradísimo comerciante. A la verdad, la abnegación de Demetrio no era del todo desinteresada, pero aparte del egoísmo peculiar en el amor, de hacer valer su conducta á los ojos de Lola, guiábale al tendero una intención rectísima y le impulsaba realmente su cariño hacia don Manuel, y su gratitud por la deferencia con que éste le trataba de continuo.

La enfermedad del pobre oficinista había venido á fundir con su triste in-

flujo la frialdad de relaciones entre D.<sup>a</sup> Felipa y sus vecinas las de López; ahora ayudaba Luisa á Lola en sus menesteres caseros y por las tardes subían madre é hija á acompañar á la familia de don Manuel, se estaban hasta la hora de la comida y tornaban luego por la noche.

La predilección de don Manuel por Lola se manifestó en seguida en un deseo imperioso de enfermo: el de que la muchacha no se apartase de su lado. ¡Quién sabe si estas manías del hombre cuando cae el cuerpo, responden á que el espíritu se siente atraído por una mano invisible hacia la sombra y se agarra á los seres queridos para no marcharse!... Lola se consagró con toda el alma á su tío; ella se avistaba con el médico, le informaba *ce por be* de los síntomas y de los cambios experimentados por don Manuel entre visita y visita, y sin necesidad de apuntar las horas en un papel, retenía en la memoria cuándo había que darle las medicinas, administrándoselas con matemática exactitud. Nadie sabía como Lola arreglarle la cama, ó ayudarle á



volverse, ó limpiarle el sudor; con una paciencia sin límites aguantaba las brusquedades del pobre señor, propias de su estado, y sus caprichos, hijos del bruceo de lumbre de la fiebre; siempre tenía para su tío una palabra de ánimo ó una sonrisa de aliento, y halagado de tal suerte por aquella abnegación continuada de su sobrina, llegó don Manuel á no querer que la muchacha dejase un momento la alcoba, ansiando su presencia con la avidez con que los pájaros buscan el sol. Lola no era para don Manuel una mujer, sino un resplandor, el rayo de luz que arrambla con todos los nublados; cuando Lola se iba entrábale al enfermo un terror infantil, "se miraba en su interior" y le subía una obscuridad tan grande que comenzaba á llamar á Lola para que volviera. Allí no había ni más ni menos que la naturaleza manifestándose en todos instantes; la mujer que es madre aun siendo virgen, y que siempre tiene alas para abrigar la desgracia.

Demetrio seguía de cerca esta conducta de Lola, faltándole ya corazón

para admirarla y siguiendo adorándola en silencio. Su misión de enfermero le permitía hacer ahora vida común con la muchacha, estar junto á ella todo el día, hablarle á cada instante, ayudarla, darle la cuchara cuando se la pedía, echarle agua en la copa cuando la necesitaba. Lola, con su profunda mirada, leía cuanto pasaba en el corazón de Demetrio; pero él callaba sus sentimientos con una discreción exquisita, y tal interés mostraba en su asistencia al paciente, que Lola, aceptando la ayuda en toda su nobleza, concluyó por tratar al comerciante con afable bondad, dulcificando su despego, aunque sin darle cuidadosamente el más mínimo motivo de que reverdecieran sus esperanzas amorosas. Doña Felipa observaba esta aproximación imperceptible de los jóvenes con honda complacencia, y habría bendecido la enfermedad de su hermano, que venía á colocar juntas aquellas dos voluntades como en juicio de conciliación, si la dolencia de don Manuel hubiera tenido un resultado feliz. Pero, por desgracia, los afanes y des-



velos de todos rebotaban contra la enfermedad como en una coraza; las medicinas sucedieron á las medicinas, sin conseguir resultado alguno y pareciendo que se volatizaban en aquel organismo encendido por la calentura; el derrame que el doctor temía inició al fin su ataque rudo al cumplir el septenario en que había de hacer crisis la pleuresía, francamente anudada ya á la inflamación pulmonar, y el galeno pidió junta de médicos en vista de lo gravísimo del lance, aunque, en su sentir, y como Dios en su omnímodo poder no obrase un milagro, no había salvación para don Manuel; sin embargo, mientras existiese vida era de obligación defenderla, y acaso sus compañeros hallaran un cable que arrojar al enfermo. La consulta fué larga y detenida, como cumple á personas de convicciones sólidas; el médico de cabecera expuso á sus compinches el tratamiento seguido; enredáronse después en un tiroteo de terminachos, soltando cada cual, á la manera del prestidigitador que come fuego y devuelve una cinta interminable, un rosario de

osis é itis, y tras de tanto deliberar todos convinieron en que don Manuel se moría sin remedio.

El pronóstico produjo en la familia el espanto de la caída de una bomba. Doña Felipa no ignoraba la gravedad de su hermano; constábale el peligro en que se hallaba, pero no le creía tan inminente, y su cariño fraternal rechazaba la idea de una catástrofe; la misma Lola, que seguía paso á paso la enfermedad, alimentaba la esperanza de que su tío la resistiera; pero la naturaleza de éste, comida por el asma, que le cerraba los pulmones, y asendereada por los padecimientos, se doblgó ante el garfazo y no pudo resistir; el propio don Manuel comprendió que se iba, y él espontáneamente pidió los auxilios religiosos, que no recibió más que á medias, porque después de confesarse le entró un delirio horrible, que ya no le dejó hasta morir, y que le borró toda luz de la mente.

El derrame seroso fué la puñalada que acabó con el pobre hombre; hasta que el derrame se precipitó como un alud sobre el cerebro, todos alentaron



abrigando una débil esperanza de salvación, no obstante el considerar ya perdido al enfermo. Pero la mazada del derrame decidió al fin la lucha; cabalmente en la noche undécima de su mal entró el desdichado don Manuel en la agonía, y rodeado de su hermana y de Lola, que gemían silenciosamente arrodilladas al pie del lecho, y de Demetrio y Luisa López, que contemplaban la triste escena desde la puerta de la alcoba, insensible, aplomado, sin conocimiento, imbécil por el torbellino de la congestión, espiró el pobre señor á la madrugada.



## CAPÍTULO XX

**L**A "mesa" de El Siglo no podía abandonar á su camarada de congreso, y no le abandonó. Ya en las últimas noches de dolencia, en vista de que de un momento á otro se esperaba la espantosa desgracia, quedábanse un par de amigos en casa de doña Felipa velando al paciente; al auxiliar primero del personal y al portero mayor les cupo en suerte asistir á la defunción de su amigo; apenas murió, y antes de que se enfriara le amotajaron cuidadosamente, depositáronle sobre su misma cama hasta que se



trajera la imperial, y en cuanto rayó el nuevo día se echaron á la calle á disponer todo lo necesario para el entierro.

Uno de los más grandes favores que presta la amistad en la vida es la dictadura provechosa que ejerce en trances tales, "asumiendo el mando" del hogar, invadido y desequilibrado por la muerte. Los piadosos amortajadores de don Manuel avisaron en seguida á sus compañeros de lo que ocurría, y la "mesa" en pleno se constituyó en casa de doña Felipa, entendiéndose con Demetrio en todo lo concerniente á dar tierra al cadáver, pues aunque Demetrio declaró no ser pariente del difunto, la "mesa" encontró que áquel señor estaba allí igual que en su domicilio propio, y á mayor abundamiento doña Felipa le revistió de omnímodos poderes declarando que "como si fuera de la familia". Los de la secretaría, gente moza y despierta, que si bien consideraban mucho al señor de Domínguez, que de tal guisa llamaban á don Manuel, no le tenían el cariño de coetáneo del resto de la tertulia del

café, menos afectados por la desgracia, se fijaron en la posición de Demetrio y se dijeron para su capote:—¡Este debe ser el novio de la niña!...—Y véase por donde las circunstancias iban empujándole al tendero hacia Lola con sólo que él se dejase llevar por la dirección del viento.

Avisada la Funeraria, en un dos por tres se endilgó el túmulo en el gabinete, y reunidos luego la "mesa" y Demetrio ocupáronse de escribir los sobres de las papeletas de defunción, tarea dirigida de una parte por el auxiliar primero del personal, que sabía las amistades de don Manuel en el Ministerio, y de otra por el comerciante, que había hecho un listín de los conocimientos de la casa, dictado por doña Felipa, después de no pocos ahogos y de torturar la memoria para no dar pretexto con involuntarias omisiones á que los olvidados creyesen que "no se tenía gusto" en que asistieran al entierro. Las papeletas fueron repartidas al medio día, y por la tarde comenzaron á acudir los amigos de don Manuel y doña Felipa á hacer el duelo.



Lola y doña Felipa, sin peinarse, ojerosas, con los ojos encendidos y llenos de lágrimas que la niña se enjugaba en silencio y doña Felipa estruendosamente sonándose á cada minuto con estrépito, rebujadas en oscuros mantones hallábanse, una en el sofá y otra en un butacón; rodeándolas, en corro, hasta diez ó doce señoras enlutadas, procuraban infundirles consuelo con su palabrería vulgar y hueca, exenta de todo punto de calor, sacando á relucir cada cual sus muertos, y estudiando mientras una hablaba y gracias á que no hablasen todas á un tiempo, que sus conatos había, las más íntimas los grados que alcanzaba el dolor de doña Felipa y de Lola, si ésta parecía sentir la desgracia con mayor pena que aquélla, ó aquélla que ésta, si vestían ya de luto, si se habían ó no acicalado, dispuestas á censurar la compostura si se las encontraban peinadas, en tales momentos en que no "hay humor para nada" ó á criticar su desaseo si se las hallaban sin atusar, porque el dolor no tiene que ver con el respeto que se debe á la sociedad y un peine

se pasa enseguida; y las amigas de menos confianza acechaban con disimulo todo esto, y además si la sala estaba bien puesta, si los muebles tenían polvo, la clase de gentes con quien doña Felipa se trataba... Cada persona que entraba dedicábale según era de rúbrica un recuerdo al difunto, exclamando todos los concurrentes lo mismo:—¡Conque al fin!.. ¡Conque el pobre don Manuel!... y otras frases por el estilo que recrudecían el dolor de Lola y de su madre, y provocaban en cuantas señoras había en la sala un movimiento de pañuelos á los ojos. Doña Felipa, en medio de su angustia, atendía á las visitas con serenidad bastante para hacer los honores, y creyendo en su obscuro juicio que obraba muy correctamente, decía á cuantas iban á darla el pésame, antes de marcharse, refiriéndose al difunto y como si se tratara de un objeto de exposición: ¡quiere usted verlo!... Al cabo la noche arrambló con tanto importuno; Lola no quiso que Luisa López se quedara á acompañarles, no era preciso... ella también necesitaba descanso... las



dos mujeres se vieron por fin solas, y á fuerza de ruegos consiguió Demetrio que tomasen un bocado y se acostaran... ¡Lola se resistió heroicamente... no podía abrir la boca!... Pero el comerciante porfió... ¡eso era una niña-da!... ¡con abandonarse no se le volvía la vida al pobre don Manuel!... y á la postre diéronse madre é hija á partido y se echaron sin desnudarse. Demetrio se recostó á su vez en un sofá y á poco se hundieron las piezas en la sombra y sólo el balcón abierto del gabinete echó á la calle por entre los listones de la persiana corrida ese fulgor crepuscular que arrojan las habitaciones donde hay depositados cadáveres...

A las diez de la mañana siguiente volvió á reproducirse en casa de doña Felipa el rumor de marejada que mueve la aglomeración de personas; tornó á llenarse la sala de plañideras gratuitas; el carro fúnebre estaba á diez pasos de la puerta, y no en la puerta misma por lo irregular del piso; el continuo rodar de carruajes, en su mayoría de alquiler, que venía á detenerse junto á la casa de doña Felipa, po-

bló la calle de ecos de herrumbre y de golpeteo de portezuelas al bajarse la gente; los amigos que pensaban acompañar al cadáver hasta el cementerio, y los que no pensaban, invadieron los pasillos y la escalera de la morada de doña Felipa, y por fin, bajo la presidencia de Demetrio, que continuaba metido en la familia, del Jefe de su sección en el Ministerio y de los compañeros de la "mesa" del café más antiguos, se puso en marcha el entierro, con su cola de coches, de los que salían rumor de charla, estallidos de risas sofocadas y borbotones de humo de cigarro.

Aquella tarde tampoco le faltó compañía á doña Felipa y á Lola; la noche volvió á arramblar con los visiteros como el aire de la salida de la luna se lleva los nublados que se amontonan por el día en el horizonte; últimamente no quedó en la casa sino Demetrio, á quien Lola y doña Felipa instaron con empeño para que se retirase á descansar—el hombre llevaba semana y media sin desnudarse y sin apenas dormir,—y aunque se opuso por no aban-



donarlas, las razones de Lola, de que no parecía bien que se quedara bajo el mismo techo que ellas sin causa justificada, lo cual daría motivo á hablillas y enredos, le obligó á ceder y á marcharse. Quedáronse, pues, solas con la criada, madre é hija, y sin atreverse á separarse de miedo, contemplando al muerto donde quiera que fijaban los ojos, se acostaron en seguida, alentándoles mutuamente en las tinieblas en que se hundieron al apagar la luz, la idea de que dormían juntas en la misma alcoba.



## CAPÍTULO XXI

**L**A muerte de don Manuel dejábales á doña Felipa y á Lola en situación terrible: en la situación del nido arrojado de la copa del árbol al desgajarse el tronco; ellas no la veían, pero esa mano de hierro de la miseria, abierta como una tenaza, que se va cerrando paulatinamente en torno de las personas á quienes coge, había ya tomado por suyas á las pobres infelices. Lo mismo doña Felipa que Lola consideraban con espanto el porvenir que les aguardaba, privadas del apoyo de don Manuel, que